

# Capitalismo, socialismo y medioambiente

Paul M. Sweezy

Resulta evidente que la humanidad ha alcanzado un punto de inflexión crucial en su larga historia. La guerra nuclear podría poner punto final a la empresa humana en su totalidad. Pero aun si se logra evitar un final tan catastrófico, tampoco está claro en absoluto que se sigan dando las condiciones esenciales para la supervivencia y el desarrollo de la sociedad civilizada tal y como hoy la conocemos.

Vivimos en y de un entorno material que consta de tierra, agua y aire, y que históricamente siempre hemos considerado y hemos tratado como algo infinitamente duradero y utilizable. Eso no quiere decir indestructible. La historia registra numerosos casos de destrucción (es decir, convertir en inutilizables para fines humanos) de partes del entorno ambiental debidos tanto a procesos naturales como a la agencia humana.<sup>1</sup> Por lo que respecta a los procesos naturales, estos llevan operando desde mucho antes de que hubiera vida humana. Es de suponer que seguirán operando también mucho después, y no hay razón alguna para presuponer que se produzca algún cambio insólito en un futuro previsible.

Sin embargo, cuando de lo que se trata es de la destrucción causada por la agencia humana, las cosas son distintas. La destrucción a pequeña escala de partes del medioambiente es algo que ha ocurrido a lo largo de toda

---

• Este artículo es una versión modificada de un trabajo preparado para la mesa redonda «El socialismo en el mundo» celebrada en Cavtat, Yugoslavia, en octubre de 1988. Apareció publicado por primera vez en el número de junio de 1989 de la *Monthly Review* con el título «Capitalism and the environment». Traducción de Joan Quesada.

## 18 • CAPITALISMO, SOCIALISMO Y MEDIOAMBIENTE

la historia y, en ocasiones, la escala ha aumentado hasta proporciones bastante impresionantes (por ejemplo, en el caso de la desertización). Pero aun los más destructivos de todos esos procesos han seguido siendo pequeños si los comparamos con las dimensiones del medio en su totalidad. Ha habido tribus, o incluso sociedades más complejas, que han sido exterminadas o se han visto obligadas a cambiar de emplazamiento, pero se ha tratado siempre de catástrofes locales, no globales. A lo largo de los siglos —de hecho, justo hasta los tiempos de las personas hoy con vida—, siempre se ha dado por sentado que así seguiría siendo. La razón era la creencia, quizás no muy articulada ni detenidamente pensada, de que los medios de que disponían los seres humanos eran demasiado insignificantes como para representar una amenaza para la enorme magnitud y el poder inherente de recuperación del medioambiente.

Todo eso empezó a cambiar con la explosión de la primera bomba atómica en agosto de 1944. Al principio, a la nueva bomba se la vio básicamente como una mejora de las armas ya existentes, pero una cadena interrelacionada de acontecimientos fue provocando gradualmente una radical alteración en la conciencia de las personas. Los soviéticos consiguieron tener la bomba mucho antes de lo que se esperaba, con lo que pusieron fin a la idea de que la nueva fuerza podía de algún modo ser monopolizada y controlada. Luego vino la bomba de hidrógeno, con su potencial enormemente más destructivo. A eso siguió, a su vez, la escalada de la carrera armamentista entre las superpotencias que, a pesar de las muchas conversaciones y de unos cuantos tratados en gran medida simbólicos, se ha mantenido hasta la fecha. Ahora es un hecho común que cada una de las superpotencias tenga la capacidad de exterminar varias veces a su rival, y las actuales investigaciones sobre las consecuencias de una guerra nuclear a gran escala han demostrado más allá de toda duda razonable que no es posible que la catástrofe se limite a las partes beligerantes, sino que esta se extendería a todo el planeta de formas tan espantosas como la intoxicación radioactiva o el invierno nuclear. Así pues, en el periodo increíblemente breve de menos de medio siglo, la humanidad ha pasado de una alegre confianza en la seguridad de su hábitat a la certeza de que su propia supervivencia, así como la capacidad de su entorno natural para albergar la vida tal y como la conocemos, podría verse interrumpida por un arrebato instantáneo de violencia nuclear.

Está claro que tardaremos mucho tiempo en conocer todas las implicaciones de este cambio sin precedentes en la conciencia humana. No obstante, lo que ya ahora está claro es que la sensibilidad frente a las amenazas que planean sobre el hábitat humano se ha extendido rápidamente a

partir de su origen en el sobrecogedor poder destructivo de las armas nucleares, hasta incluir toda una diversidad de procesos y de tendencias de tipo ecológico, la mayoría de los cuales, aunque hace ya un siglo o más que se conocen e incluso se estudian, han cobrado nueva luz a partir del inicio de la era nuclear.<sup>2</sup> Una vez que sabemos con seguridad que la agencia humana es capaz de convertir el planeta en un lugar no apto para ser habitado por seres humanos, apenas si podemos dejar de preguntarnos si las armas nucleares son la única fuente posible de ese tipo de catástrofe. Desde esa perspectiva, muchas cosas que antes se veían meramente como la inevitable cara negativa del progreso se contemplan ahora como parte de la inquietante amenaza que pende sobre la continuación de la vida en la Tierra. Es difícil imaginar un cambio más fundamental de percepción, y resulta verdaderamente sorprendente pensar en la rapidez con que este se ha producido.

Por supuesto, dentro del marco de esa nueva percepción, existen distintas posturas. En un extremo están quienes creen que se exagera considerablemente el peligro, quizás como reflejo del espíritu de pesimismo de la época, que es él mismo una de las consecuencias de los temores nucleares. Si permitimos que se ejerza cierto control sobre la carrera armamentista, cosa que en la actualidad parece cada vez más posible, contemplaremos el deterioro medioambiental en sus verdaderas dimensiones: no como preludio del día del Juicio Final, sino como una serie de problemas creados por la agencia humana y que pueden solucionarse de la misma manera. En el otro extremo se encuentran quienes sostienen que las cosas han empeorado mucho realmente en el último medio siglo y que estamos ya lo suficientemente cerca de alcanzar un punto sin retorno como para justificar las más oscuras premoniciones.

Tal y como se presentan los argumentos a favor y en contra, las dos posturas aparecen con frecuencia como dos polos opuestos. Pero eso es sólo una ilusión: en realidad, tienen una base común en la creencia de que, *si siguen estando vigentes las tendencias actuales*, es sólo cuestión de tiempo que la especie humana acabe por romper su propio tejido.

Con ese telón de fondo, parece claro que todos cuantos comparten la creencia en las nefastas implicaciones de las tendencias actuales tienen la obligación moral de, por un lado, intentar comprender los procesos subyacentes a tales tendencias y, por otro, sacar las conclusiones pertinentes con respecto a qué es lo que hay que hacer para invertir las cosas antes de que sea demasiado tarde.

**Los procesos de deterioro medioambiental**

Existe una gran cantidad de literatura especializada sobre el tema, mucha de ella de gran calidad, y, evidentemente, no es este lugar para tratar de describirla o de resumirla. Para el fin que aquí perseguimos, baste con señalar que la mayor parte del problema tiene su origen, con mucho, en el funcionamiento de la economía mundial tal y como esta se ha desarrollado en los últimos tres o cuatro siglos. Por supuesto, ese ha sido el periodo de la aparición del capitalismo y de las revoluciones burguesa e industrial; del carbón, el vapor y los ferrocarriles; del acero, la electricidad y los productos químicos; del petróleo y los automóviles; de la agricultura mecanizada y «quimicalizada», y también de la rápida expansión y urbanización de la población mundial en respuesta al enorme crecimiento de las fuerzas de producción a disposición de la humanidad. Todos esos desarrollos, y otros directa e indirectamente relacionados con ellos, han conllevado que se ejerza cada vez mayor presión sobre los recursos de la Tierra, que se introduzcan nuevos métodos y nuevas sustancias en los procesos de producción, utilización y desecho de los residuos completamente exhaustos de todo aquello que las personas, los grupos y las sociedades necesitan para su reproducción y expansión. Quizás haya habido casos en los que todas esas actividades se han planeado y se han desarrollado con la vista puesta en respetar y preservar los ciclos naturales que, con los siglos, han permitido a los seres vivos, incluido el ser humano, adaptarse a su entorno y alcanzar un equilibrio aproximado con él. Pero, si ha habido casos así, han sido tan pocos y tan distantes unos de otros que poco es el rastro que han dejado, si es que alguno, en los registros históricos. Las innovaciones que se han combinado para revolucionar la historia de la humanidad siempre han partido de unos individuos o unos grupos reducidos —en relación con la totalidad de individuos— que esperaban conseguir unos beneficios especiales para sí mismos. Los efectos indirectos sobre el medioambiente o no les preocupaban o, si es que pensaban en ellos, daban por sentado que cualquier efecto adverso que pudieran tener sus acciones serían fácilmente absorbidos o compensados por la capacidad de recuperación de la naturaleza, aparentemente ilimitada.

Ahora sabemos que esa forma de pensar en los procesos en cuestión era, y es, ilusoria. Las actividades perjudiciales para el medioambiente puede que sean relativamente inofensivas si se las introduce en pequeña escala, pero cuando reciben un uso general y se extienden desde su punto de origen hasta impregnar economías enteras en la escala global, el problema cambia radicalmente. Es precisamente eso lo que ha ocurrido en un

caso tras otro, sobre todo en el medio siglo posterior a la Segunda Guerra Mundial, y el resultado acumulado es lo que se ha dado en contemplar, por lo general, como *la crisis medioambiental*.

Los principales elementos de dicha crisis son bien conocidos y no hace falta que los expliquemos aquí en detalle: el efecto invernadero derivado de la combustión masiva de combustibles fósiles, combinado con la aceleración de la destrucción de las selvas tropicales capaces de absorber dióxido de carbono; la lluvia ácida que destruye lagos y bosques, así como otras formas de vegetación, causada igualmente por la combustión de combustibles fósiles; el debilitamiento de la capa de ozono en la parte superior de la atmósfera, que protege a los seres humanos y a otras formas de vida de los rayos ultravioleta, potencialmente letales; la destrucción de los suelos en la superficie y el crecimiento de los desiertos debido al empleo de devastadores métodos agrícolas; la contaminación de la tierra y de las aguas de superficie por los vertidos industriales y por el uso excesivo de fertilizantes químicos y pesticidas; la creciente contaminación de los océanos, de los cuales antes se pensaba que eran un depósito infinito para todo tipo de residuos pero que ahora, en lo que ha sido uno de los aspectos más visibles de la crisis medioambiental, se consideran tan frágiles y vulnerables como todo el resto.

Por supuesto, la lista está muy lejos de ser completa y a duras penas acierta a señalar las profundas y con frecuencia sutiles interconexiones entre los diversos componentes de la crisis medioambiental.<sup>3</sup> No obstante, baste con apuntar que la naturaleza general de la crisis consiste en una disyuntiva radical (y creciente) entre, por un lado, las exigencias que la moderna economía global impone al medioambiente y, por otro, la capacidad de las fuerzas naturales presentes en el medioambiente para responder a tales exigencias.

### ¿Qué hacer?

Dado que no hay modo de aumentar la capacidad del medioambiente para soportar las cargas que se le imponen, se sigue de ahí que todos los ajustes habrá que efectuarlos en el otro lado de la ecuación. Y dado que el desequilibrio ha alcanzado ya dimensiones de riesgo, también se sigue que lo fundamental para tener éxito es invertir, y no meramente reducir, las tendencias subyacentes a los pocos últimos siglos.

Hemos visto que en el centro de esas tendencias se halla un sistema económico impulsado por la energía y la inventiva de ciertas entidades —

## 22 • CAPITALISMO, SOCIALISMO Y MEDIOAMBIENTE

individuos, sociedades en cooperación y, en los últimos cien años, corporaciones— para promover sus propios intereses económicos, con escasa atención, y menos aún preocupación, por los efectos sobre la sociedad en su conjunto o sobre el medio natural que esta utiliza para extraer lo esencial para su existencia. Hace ya un siglo y medio, Marx y Engels, en un pasaje memorable del *Manifiesto comunista*, rendían un sorprendente tributo a la energía y los logros del entonces reciente modo de producción capitalista:

La burguesía, en sus escasos cien años de dominio, ha creado unas fuerzas productivas más enormes y más colosales que las creadas por todas las generaciones anteriores juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza a la maquinaria humana, la aplicación de la química a la industria y la agricultura, la navegación a vapor, el ferrocarril, los telégrafos eléctricos, la tala de continentes enteros para su cultivo, la canalización de ríos, la aparición de poblaciones enteras como salidas de la tierra: ¿qué siglo anterior tuvo ni siquiera el presentimiento de que en el regazo del trabajo social estaban dormidas tales fuerzas?

De hecho, en 1847, cuando se escribió el texto, el dominio de la burguesía sólo se extendía por una pequeña parte de la superficie del planeta, y las nuevas ciencias y tecnologías que aprovechaban las fuerzas de la naturaleza para fines humanos estaban aún en su infancia. Desde ese momento, el capitalismo se ha extendido hasta convertirse en un sistema verdaderamente global, y el desarrollo y la aplicación de la ciencia y la tecnología a la industria y la agricultura han progresado hasta superar los sueños más descabellados que pudieran existir hace 150 años. Sin embargo, a pesar de todos esos drásticos cambios, el sistema sigue siendo esencialmente el que era en el momento de su nacimiento: un gigante impulsado por la energía concentrada de individuos y de pequeños grupos que persiguen exclusivamente sus propios intereses, sólo detenidos por la mutua competencia y controlados, a corto plazo, por las fuerzas impersonales del mercado y, más a largo plazo, cuando el mercado falla, por unas crisis devastadoras. En el concepto mismo de ese sistema encontramos entrelazados unos impulsos muy poderosos hacia la creación tanto como hacia la destrucción. En el lado positivo, el impulso hacia la creación está relacionado con aquello que la humanidad puede obtener de la naturaleza para su propio uso; en el lado negativo, el impulso destructivo tiene muchísimo que ver con la capacidad de la naturaleza para responder a las demandas que se le imponen.<sup>4</sup>

Antes o después, por supuesto, esos dos impulsos han entrado en contradicción y resultan incompatibles. Y, dado que, como argumentábamos

antes, los ajustes hay que realizarlos en el lado de las demandas que se imponen a la naturaleza, y no en el de la capacidad de la naturaleza para responder a dichas demandas, debemos preguntarnos si existe algo en el capitalismo tal y como se ha desarrollado en los últimos siglos que nos induzca a pensar que el sistema podría refrenar su impulso destructor y, al mismo tiempo, transformar su impulso creador en una fuerza medioambiental benigna.

La respuesta, desafortunadamente, es que no hay absolutamente nada en el registro histórico que nos anime a creer que así es. El objetivo de la empresa capitalista ha sido siempre la maximización de los beneficios, nunca el de servir a fines sociales. Desde Adam Smith, la teoría económica convencional ha insistido en que, por medio de la maximización *directa* del beneficio, el capitalista (o empresario) sirve de manera *indirecta* a la comunidad. Todos los capitalistas juntos, maximizando su beneficio individual, producen lo que la comunidad necesita, a la vez que se mantienen controlados entre sí gracias a la mutua competencia. Todo eso es cierto, pero dista mucho de ser completo. Las actividades de los capitalistas no se limitan a la producción de los alimentos, las ropas, los techos y los servicios que la sociedad necesita para su existencia y para su reproducción. En su búsqueda exclusiva de beneficios, a la que nadie puede renunciar a sumarse so pena de quedar eliminado, los capitalistas se ven impulsados a acumular cada vez más capital, lo que pasa a ser tanto una finalidad subjetiva como la fuerza motriz del conjunto del sistema económico.

Es esa obsesión por la acumulación de capital lo que distingue al capitalismo del simple sistema para la satisfacción de las necesidades humanas que describe la teoría económica convencional. Y un sistema impulsado por la acumulación de capital es un sistema que nunca se detiene, que está siempre en cambio permanente, que adopta nuevos métodos de producción y distribución y desecha los antiguos, que inaugura nuevos terrenos, que somete a sus fines a las sociedades que son demasiado débiles como para protegerse. Atrapado en ese proceso de incesante innovación y expansión, el sistema no tiene consideración alguna ni siquiera con sus propios beneficiarios cuando estos se interfieren en su camino o caen al borde de él. Por lo que respecta al medioambiente, el capitalismo lo percibe, no como algo que hay que estimar y disfrutar, sino como un medio para el fin primordial de obtener beneficios y acumular todavía más capital.

Esa es la naturaleza interna, el impulso esencial del sistema económico que ha generado la presente crisis medioambiental. Naturalmente, este no funciona sin oposición. Ha habido intentos de refrenar sus excesos, no sólo por parte de las víctimas del sistema, sino también, en casos extremos, por

## 24 • CAPITALISMO, SOCIALISMO Y MEDIOAMBIENTE

parte de sus líderes con mayor visión de futuro. Marx, en *El capital*, escribía emocionado sobre los movimientos del siglo XIX a favor de una legislación industrial y de la jornada de diez horas, y describía esto último como una gran victoria para la economía política de la clase obrera. Durante el siglo XX, han aparecido movimientos por la conservación del medioambiente en todos los principales países capitalistas, movimientos que han tenido éxito a la hora de imponer ciertos límites a la devastación más destructiva del capital desbocado. Apenas si resulta exagerado decir que, si no surgieran dentro del sistema restricciones de ese tipo, el capitalismo en este momento ya habría destruido tanto su entorno como a sí mismo.

No es sorprendente que esas restricciones, aunque a veces interfieran en las operaciones de capitalistas individuales, nunca lleguen tan lejos como para amenazar al sistema en su totalidad. Mucho antes de llegar a ese punto, la clase capitalista, incluido el Estado por ella controlado, moviliza sus defensas para repeler cualquier medida de protección medioambiental que pueda percibir como un peligro extremo. Así pues, a pesar del desarrollo de una creciente conciencia medioambiental y a pesar de los movimientos a los que tal conciencia ha dado origen en el último siglo, la crisis medioambiental continúa agudizándose. No hay nada ni en la historia ni en el horizonte que pueda llevarnos a pensar que la situación cambiará sustancialmente en un futuro previsible.

Si aceptamos esa conclusión —y es difícil ver cómo podría negarla o, al menos, no tomársela en serio cualquiera que haya estudiado la historia de nuestra época—, se sigue que lo que hay que hacer para resolver la crisis medioambiental y, por lo tanto, para asegurarnos de que la humanidad tenga un futuro es sustituir el capitalismo por un orden social basado en una economía dedicada, no a la maximización de los beneficios privados y a la acumulación de más capital aún, sino a satisfacer las necesidades humanas y a devolver el medioambiente a una situación sosteniblemente saludable.

Ese es, en breve, el sentido que tiene hoy en día el cambio revolucionario. Unas medidas de reforma menos profundas, por muy deseables que puedan ser por sí mismas, lo único que pueden lograr es, en el mejor de los casos, imprimir un ritmo más lento al fatal proceso de declive y caída que tan avanzado está ya en estos momentos.

¿Es acaso la postura que adoptamos aquí, en la práctica, una reformulación del argumento marxista tradicional a favor de la revolución socialista? Lo es, pero con una condición esencial: el socialismo que hay que lograr debe concebirse, tal y como lo concebían Marx y Engels, como la negación fundamental del capitalismo, no como una sociedad que suprima las carac-



terísticas más objetables del capitalismo tales como, entre otras, la enorme desigualdad de rentas, el desempleo masivo, las depresiones cíclicas y los pánicos financieros. Es necesario erradicar y sustituir el capitalismo mismo, con su actitud inherente hacia los seres humanos, tanto como hacia la naturaleza, que convierte a ambos en medios para un fin externo. La humanidad, después de aprender a hacer realidad los milagros de la producción, debe aprender al menos a utilizar sus milagrosos poderes, no para degradarse a sí misma y destruir su hogar, sino para hacer del mundo un lugar mejor para ser habitado por ella misma y por su progenie en los milenios que aún han de venir.

Una última nota. Llamamos «socialismo» a la sociedad que persigue esos objetivos revolucionarios. Pero está claro que este ni será ni puede ser la utopía de nadie. Sin duda, serán muchas las cosas que el socialismo haga mal, al menos durante largo tiempo, probablemente peor que el capitalismo, pero los temas relevantes son otros: si de una vez y por todas este deja de imitar al capitalismo, se fija los objetivos correctos y se esfuerza verdaderamente por alcanzarlos. Cuando podamos responder a estas preguntas de forma afirmativa, estaremos en la vía de la salvación.

### Notas

1. La distinción no debería ser demasiado estricta: muchos cambios medioambientales son el resultado combinado de procesos naturales y de la agencia humana. No obstante, hay cambios como las grandes transformaciones geológicas en los que la agencia humana no desempeña papel alguno, y otros como los efectos de la deforestación provocada por la tala excesiva en los que se puede considerar que la agencia humana es la única responsable.
2. Barry Commoner, uno de los pioneros de un enfoque genuinamente científico de los problemas ecológicos, ha expresado correctamente la conexión entre las preocupaciones medioambientales y el inicio de la era nuclear en la redacción de su innovadora obra *The Closing Circle* (1971; edición en castellano: *El círculo que se cierra*, Plaza & Janés, Barcelona, 1973): «Supe de los problemas medioambientales por la Comisión de la Energía Atómica de los Estados Unidos en 1953. Hasta ese momento, como la mayoría de las personas, yo casi no había valorado el aire, el agua, el suelo ni nuestro entorno natural [...] En 1946 se creó la Comisión de la Energía Atómica (AEC en sus siglas inglesas) para ocuparse de un amplio programa estadounidense de desarrollo del potencial militar, científico e industrial de la energía nuclear. Para el año 1951, los Estados Unidos habían explotado 16 bombas de prueba, y 13 la Unión Soviética; al año siguiente, se les sumaba también Gran Bretaña con su primera prueba» (pp. 40-50).
3. Para un elaborado análisis que resalta el aspecto de la interconexión, véase la ya citada obra de Barry Commoner: *El círculo que se cierra*.
4. Un análisis más exhaustivo tendría que ocuparse de los impulsos creador y destructivo del «socialismo realmente existente». No obstante, en su mayoría, los países en cuestión se han sentido obligados a imitar a los países capitalistas, más desarrollados, y, en el proceso, a

26 • CAPITALISMO, SOCIALISMO Y MEDIOAMBIENTE

intentar no quedarse atrás con respecto a ellos. En tales circunstancias, el impacto del «socialismo realmente existente» sobre el medioambiente apenas si se puede distinguir del impacto del capitalismo. Una cuestión interesante es si una sociedad de ese tipo, en un contexto global diferente —en el que se sintiera segura y capaz de perseguir sus propios objetivos, libre de presiones externas—, tendría un impacto cualitativamente distinto sobre el medioambiente, aunque es una cuestión que queda fuera del alcance del presente ensayo.